

EXCLUSIVA





ESCRIBE GUIDO ALBERT, EL MAYORDOMO DE "LA MADRAGUE"

Brigitte Bardot vive en el misterio. Nadie sabe lo que ocurre en su casa, quién está allí y cómo se vive en ella. Sin embargo, la señorita Brigitte —asi es como ella se hace llamar por los que están a su servicio— no tiene secretos para mí. Me llamo Guido Albert. Durante un año he sido el mayordomo, el cocinero y el jardinero de la señorita Brigitte. Antes trabajaba en casa de sus padres, personas bien apacibles. Cuando me preguntaron si quería pasar al servicio de su hija, acepté pensando que la cosa no me haría cambiar mucho, y que encontraría el mismo estilo de vida burguesa. Me equivocaba.

LA VIDA PRIVADA DE B.B.

Una mujer extraña, lunática, caprichosa, que se burla de todo pero que tiene miedo a envejecer

BRIGITTE —QUE ACABA DE CUMPLIR 30 AÑOS— ES, EN EL FONDO, INESTABLE E INQUIETA

En «La Madrague» no se vive como en el resto de los lugares.

Esto se debe únicamente al carácter especial de B. B. Nadie, ni siquiera sus más íntimos amigos, se atreve a intentar nada sin haberla consultado. Todo depende de ella y de su humor. He aquí un ejemplo. La señorita Brigitte nunca se levanta antes de las doce, hora a la que toma su desayuno. Después da unas vueltas por su habitación, sin haber nada de particular. Cada mañana, antes de ver a nadie, y durante una hora, cambia de sitio los muebles y los cuadros.

Hace su cama y vuelve a acostarse.

—En mi habitación soy yo quien se ocupa de la limpieza.

En efecto, a nadie le está permitido tocar nada. Es ella quien, en traje de baño, quita el polvo, pasa el aspirador y hace su cama.

Nadie tiene tampoco derecho a tocar en su escribanía. Ni siquiera el señor Zaguri se atrevería a cambiar de sitio una hoja de papel. Por otra parte, la señorita Brigitte, desconfiada por naturaleza, la cierra con llave.

no lee su correo

Cuando veía llegar el correo a «La Madrague» creí que la señorita Brigitte le consagrara unas cuantas horas diarias. Ya que, cada mañana, las cartas de sus admiradores llegan por centenares a la propiedad. Sé que voy a entristecer a sus admiradores, pero la señorita Brigitte nunca lee su correo. Lo rompe después de haber echado una rápida ojeada.

He observado que los admiradores alemanes le piden, en general, autógrafa- **SIGUE**



EN SU DORMITORIO HAY UN CESTO DE MIMBRE DONDE SE AMONTONAN CINCUENTA "BIKINIS", PERO NO SE PONE MAS QUE DOS

fos, que los nórdicos le reclaman fotos dedicadas y que los ingleses le envían su propia foto en traje de baño. Los franceses, en cambio, casi siempre le piden dinero.

Por último, los que intenten probar suerte con el teléfono pueden ir perdiendo sus ilusiones. La señorita Brigitte nunca contesta al teléfono. Incluso puedo decir que su timbre le molesta y le aburre hasta tal punto que, últimamente, decidió cambiarlo de lugar para no volver a oírlo.

Estas reacciones, sorprendentes de parte de una estrella tan importante, podrían hacer creer que es caprichosa...

angustiadai tiene miedo a la multitud

No soy muy psicólogo, pero creo no equivocarme al declarar que tiene realmente miedo de la multitud, de las preguntas y de las miradas.

Yo la he visto, preparada para salir, volver a entrar precipitadamente porque en el sendero había visto a unos ruristas que le sonreían cándidamente. En esos momentos se torna pálida, las gotas de sudor perlan su frente, se hunde en su cama y no se atreve a moverse. Su cuerpo tiembla, se queda helada y hay que tajarla y prepararle una bolsa de agua caliente. Por esto, según me ha confiado uno de sus amigos, consultó hace unos meses a un neurólogo para intentar ponerse en tratamiento. Pero yo, personalmente, no creo que logre

curarse de esta angustia que lleva adherida a su propia piel.

Esta es una de las razones por las que es capaz de pasarse semanas sin abandonar «La Madrugue».

—Cuando estoy aquí me encuentro tranquila y segura y ya no tengo miedo de nada —ha revelado a su amigo Dussart...

yo era quien la desperliaba

En la playa o en el jardín, su pequeña corte de amigos e invitados espera, mientras ella descansa, a que baje a comer. Nadie se ha atrevido nunca a ir a despertarla. Esperan mordisqueando aceitunas o pepinillos. Nadie emite una opinión desagradable, por miedo a que alguien vaya a contárselo a la señorita Brigitte. Siempre acaban enviándome a mí, a las doce, a la una, o a las tres, para despertar a la señorita. Llamaba a su puerta y le decía:

—Sus invitados se mueren de hambre. Ya que, hasta entonces, nadie se había atrevido a acercarse a la mesa, ni a bañarse, ni siquiera a dar un paseo por el pueblo. Lo que siempre me divertía era ver el aspecto enternecido con el que sus amigos intentaban averiguar de qué humor estaba la señorita. Pero es difícil saberlo a la primera impresión.

come por cuatro

Cuando la señorita Brigitte llegaba, desnuda bajo su corto y amplio vestido o en bikini, se contentaba con decir buenas... y se sentaba a la mesa.

Por otra parte, es increíble lo que es capaz de comer. Hay quien imagina que sigue severos regímenes para guardar la línea. En absoluto. Come por cuatro: ensalada, pastas italianas, «patés», un bistec túrtaro, lechuga, queso y fruta. Y no se priva de beber vino tinto corriente de franco y medio, que yo iba a comprar a la cooperativa.

Lo que siempre me ha asombrado de la señorita Brigitte es que apenas habla. Sus padres y su hermana Mijanou nunca paran de charlar, de oír la radio, de mirar la televisión... A ella, sin embargo, la he visto pasarse tardes enteras sin despegar los labios, sin escuchar siquiera a sus amigos.

Por otra parte, nunca se tuesta al sol con ellos. Ellos se quedan en el frontón con un transistor que suena con sordina y charlan en voz baja para no molestarla. La señorita Brigitte se refugia en un franja de playa rodeada de rocas. Antes se ponía al sol completamente desnuda. Pero desde que volvió del Brasil, este mismo año, conserva la parte de arriba de su bikini.

una naturaleza luciferna

He pasado un año a su lado, a su servicio. He observado cómo vivía y he intentado comprender qué clase de mujer es. Creo que es terriblemente inestable, inquieta y desencantada.

En «La Madrugue» no hay ni radio ni televisión.

Algunas tardes la he visto pasar horas tumbada en el suelo, escuchando discos de Sacha Distel y Gilbert Bécaud, y soñando durante horas. Con frecuencia la he visto —tremendamente triste, hecha un mar de lágrimas— telefonar a su madre. Su madre ha seguido siendo su confidente. A ella es a quien confía sus penas, sus desengaños o sus problemas. La quiere más que a nada en el mundo, y sin embargo sé perfectamente que no la escucha y que hace lo que le da la gana.

Está insatisfecha. La prueba de ello es esa manía suya de cambiar de lugar continuamente los muebles, los cuadros y las figuras.

todo le importa un bledo

Habría podido comprarse un mobiliario elegante y de época. Habría podido hacer de «La Madrugue» una de las más hermosas propiedades de la Costa Azul. Tiene muchísimo gusto y no le falta dinero. Pero le importa todo un bledo. Ha comprado unos muebles todo lo barato que pueda pensarse, que son monos, pero indignos de ella. Pero nada de esto tiene importancia a sus ojos. Su cama está toda abollada, sus sábanas están rotas o remendadas y con piezas... Le da igual. Cuando le hablaba de ello, siempre me respondía levantando los hombros:

—No tiene ninguna importancia, Guido.

SIGUE



«La Madrague» ha sido durante mucho tiempo, y vuelve a ser, el refugio de Brigitte Bardot. Allí disfruta de la soledad y el aislamiento que en cualquier otro lugar le es imposible conseguir. Los meses de inactividad que han seguido a su regreso de Río han transcurrido entre sus paredes. Y el muro que ha hecho construir para impedir que los fotógrafos y curiosos se acerquen a sus dominios utilizando la vía marítima no ha resultado todo lo protector que la estrella deseaba. No obstante, ha amenazado con no volver jamás a Saint Tropez —con el consiguiente perjuicio para el turismo local— si la obligaban a demoler el ya famoso muro...

NUNCA LEE EL CORREO. LAS CARTAS DE SUS ADMIRADORES



A pesar de la experiencia adquirida de las numerosísimas conferencias de Prensa celebradas, Brigitte Bardot sigue siendo tímida ante las concentraciones.

No me pregunten por qué es así. No lo sé.

En su dormitorio hay una cesta de mimbre, de un metro de alto, donde se amontonan unos cincuenta trajes de baño. Los compra de dos en dos docenas, sea en «Choses» sea en «Géralde», las tiendas de moda de Saint Tropez. No se pone más que dos. En su armario hay por lo menos treinta vestidos de verano; nunca se los pone. Siempre se pasea con el mismo vestido playero forrado de felpa. En su cuarto de baño hay un armario lleno de productos de belleza; nunca los usa. Cuando se le habla de ello contesta:

—A la gente le gusto como soy...

Nunca se maquilla. Nunca usa aceites para broncearse, ni cremas para la cara.

tud. Se trata de cuando oíamos silbar a la señorita Brigitte. Mala señal. Esto indica que está de mal humor y que va a agarrar una rabietta. A veces depende de cosas mínimas, como que le corten la palabra o que alguien se marche a dar un paseo sin avisarla.

Entonces silba. Da vueltas por el salón a pequeños pasos nerviosos y después... ¡crac!, agarra una estatuilla y la estrella contra una pared. Se pone a gritar, a insultar al responsable de su enfado, y después, bruscamente, corre a encerrarse en su habitación, donde solloza, inconsolable, durante horas. Rasga las sábanas, muerde la almohada y luego llama por teléfono a su madre.

Nunca falla. Cuando recupera la calma, me manda a comprar pegamento para que arregle lo que ha destrozado.

atención si silba...

Es realmente una mujer extraña.

Hay un detalle que, en «La Madrugue», nos sumía a todos en la inquietud.

sus amigos están a sus pies

Al principio, y viniendo de casa de los Bardot padres, tan tranquilos y razona-



Brigitte ama a los animales. Todavía se recuerda el incidente ocurrido en «La Madrugue» cuando uno de los mejores amigos de la estrella, que frecuentaba la casa con asiduidad, compró para el perro «Capi» una carne que le hizo daño. A partir de aquel día, y por orden de Brigitte Bardot, no volvió a poner los pies allí...

VAN AL GESTO DE LOS PAPELES

bles, todo esto me ha sacado un poco de quicio. Pero en mi oficio se hace uno a todo. Lo que me ha sorprendido es la paciencia de sus amigos. Aceptan todo lo que viene de ella.

Tomemos por ejemplo a su amigo Jackie Dussart, que al principio le servía de profesor de esquí náutico. Pues bien, a mediodía, según las órdenes de la señorita Brigitte, estaba listo y la esperaba; le he visto esperar horas, tardes enteras, para nada. Por la noche, hacia las diez, a la hora de cenar, la señorita Brigitte le preguntaba con voz tranquila:

—¿No estás enfadado? Cambié de opinión...

Jackie Dussart tragaba saliva y decía que «no» con la cabeza.

Una vez —me acuerdo— envió a uno de sus amigos a comprar un kilo de ternera para su perro «Capi», que tiene el vientre delicado. Al día siguiente por la mañana, sin que se sepa por qué, «Capi» estaba enfermo. La señorita Brigitte, cogió una rabieta espantosa. Dijo que el amigo era el único responsable, que no había comprado carne de primera calidad. Cuando llamó a la puerta tuvo que decirle:

—La señorita no desea volver a verle. Nunca comprendió por qué.

tiene miedo a envejecer

Hay una cosa que estoy seguro de que espanta a la señorita Brigitte, y es el miedo a envejecer. Las escasas conversaciones que mantiene con sus amigos giran inevitablemente en torno a este asunto. Me he dado cuenta de que cuando se cruza con una anciana vuelve la cabeza, se pone triste y murmura:

—¡Qué fea es la vejez!

Esto la obsesiona hasta tal punto que hace aproximadamente un año hizo algo que sorprendió a los que la conocían. Se compró una concesión en el cementerio de Saint Tropez. Todas las mañanas, desde la ventana de su habitación, mira las pequeñas luces blancas, allá, a la orilla de la laguna, durante un buen rato...

(Fotos PRENSALCOR y Archivo "TRIUNFO")

En el próximo número: **BRIGITTE Y EL DINERO**

A pesar de tener los armarios repletos de vestidos, Brigitte Bardot se preocupa poco de su aspecto exterior. «Les gusto como soy», dice a sus amigos...



El teléfono es una de las cosas que más odia. Nunca responde a él, y lo ha hecho trasladar al rincón más apartado de la casa. No obstante, nunca deja de tener largas conversaciones con su madre, especialmente ahora cuando, a causa de Bob Zaguri, la familia Bardot apenas aparece por «La Madrugue».

